

Desde el Parlamento

Las nuevas «vedettes» parlamentarias, los jefes de fila de cada grupo, desfilaron ayer ante el hemicycle del Palacio de las Cortes, para exponer sus distintos programas, sus diferentes alternativas, sus posturas ante temas concretos. Los líderes se han destapado, y hemos podido presenciar el ritmo oratorio de Felipe González, en un discurso minuciosamente preparado, sin fisuras; la dialéctica de Santiago Carrillo, que por primera vez ante el Congreso pidió «un Gobierno de concentración democrática»; las peticiones autonómicas de Jordi Pujol y Xavier Arzallus; el tono profesoral del profesor Tierno Galván; a un Fraga más comedido que otras veces; a un Raventós con palabras cortantes como cristales, y a un Calvo Sotelo moderador y ponderado, partidario del pluralismo, dispuesto a evitar «la dialéctica de hostilidad que ha convertido a veces en campo de enfrentamiento las instituciones parlamentarias». Frente a la dialéctica de hostilidad, ayer se practicó la dialéctica de la cordialidad, sin perjuicio de que nadie renunciara a exponer su postura, y que en ocasiones se criticaran actitudes y políticas.

Los temas constitucional, económico y de autonomía fueron tratados por los

LA DIALECTICA DE LA CORDIALIDAD

distintos oradores. Que se va a elaborar una nueva Constitución, es algo que ningún parlamentario pone en duda. Sobre el texto específico hay diversas opciones. Y, por si existieran dudas, ya se han expuesto ayer en el hemicycle. En unos casos, de forma casi exhaustiva: los discursos de los señores González, Carrillo y Calvo Sotelo son un ejemplo; en otros, casi esbozada, como en el caso de don Manuel Fraga que ayer estuvo más esquemático. El profesor Tierno no llevaba discurso escrito, y habló, sin apenas inflexiones en el tono de voz, en lo que parecía una lección de cátedra, con referencias a que España es un país de cultura de segunda mano, con petición de un fondo de compensación entre las regiones, y un ritmo de gesto muy peculiar. El señor Tierno echa a veces el brazo derecho sobre la espalda, en una «media napoleónica», y el izquierdo va subiéndolo y bajándolo progre-

sivamente, como un reloj de pesas. Ha predominado la lectura sobre la improvisación, lo que no es malo cuando se trata de temas importantes, en los que hay que medir las palabras. Ha habido una actitud serena por parte del señor Calvo Sotelo, que sobre el tema económico ha distinguido entre Gobierno y oposición: no todos los problemas pueden abordarse a la vez desde el Gobierno, aunque todos los problemas puedan presentarse a la vez desde la oposición. Hay que establecer prioridades. El Gobierno las ha establecido. Otra cosa es que las medidas gusten a la oposición. El señor Carrillo no puede aplaudir el programa de medidas económicas del Gobierno. Para el señor González «compete al Gobierno la adopción de medidas concretas para que se reparta con justicia el coste social que exige la salida de la crisis, para la gravedad de la misma exige un debate par-

lamentario, y unas negociaciones entre el Gobierno y los sindicatos.

Lo que está claro es que se ha planteado ayer todo un abanico de temas políticos, y que el Centro no ha querido ceder la iniciativa, y se ha «mojado» en todos los temas. El señor Calvo Sotelo ha querido, sobre todo, hacer una llamada a la solidaridad al apoyo que el Gobierno debe encontrar en las Cámaras «especialmente en esta primera etapa en que a todos nos importa antes que nada la consolidación de la democracia, por encima de las diferencias en cuanto a los fines y los medios». La hora de los programas pasó ayer, y se acerca la hora de legislar. Para legislar, hay que aprobar el Reglamento, y después enfrentarse con el grave problema económico, y con el trascendente tema constitucional. Pero si, como sucedió ayer, se expresan las diversas opciones con corrección, si hay espíritu de colaboración, con las naturales discrepancias, las Cortes pueden marchar hacia adelante. Claro que ayer se trataba de exponer programas, no de llegarse a acuerdos, ni de votar. A la hora de decidir, y de votar, no va a ser tan fácil.

Alberto DELGADO